



11 de febrero de 1883

La sagrada Virgen, nuestro modelo en el misterio De la presentación de nuestro Señor en el templo

Pensé, en el momento de la fiesta de la Presentación de nuestro Señor en el templo, hablaros de este misterio desde el punto de vista del inmenso sacrificio que hizo la Santísima Virgen al ofrecer a su Hijo, y de la manera en que esta víctima divina fue depositada sobre el altar, separada de todo.

Para las religiosas, esto constituye un gran ejemplo. Ellas también, el día de su profesión, han sido depositadas por su voluntad, su elección, su petición, sobre el altar, como víctimas que se ofrecen a nuestro Señor. Eso es lo que han pedido a la Iglesia, y por las manos de esta Madre fueron depositadas sobre el altar.

Ahora entramos en la Cuaresma¹ y, durante este tiempo, el espíritu de sacrificio, de desprendimiento y de inmólación dará mérito a nuestras obras. Podemos buscar en este espíritu un suplemento a lo que nuestra salud no nos permite hacer. Antes éramos más fuertes, y el trabajo de la educación implicaba en sí menos fatiga. La enseñanza era algo extremadamente sencillo. Cuando se educaba a niñas en los monasterios, parecía que era suficiente con enseñarles a rezar, a coser, siempre que conocieran muy bien su religión y escribieran un poco de francés, bastaba. Entonces no se consideraba que las faltas de ortografía fueran un gran inconveniente, si se sabían expresarse en buen francés: esa era la opinión de la propia Sra. de Maintenon. Hoy se ha invertido la propuesta: no se busca expresarse en buen francés, pero se es muy severo con las faltas de ortografía. Reconozco que comparto un poco la opinión de la señora de Maintenon y que prefiero algunas faltas de ortografía con un estilo puro, impecable, un francés en el que cada palabra está en su lugar, donde las expresiones siempre están bien elegidas, a una ortografía muy cuidada, cuando el francés es deficiente. Pero esto es un detalle.

No es menos cierto que lo que tenemos hoy en nuestra vida docente, aprender y enseñar a las niñas, es un auténtico cansancio, y que debido de los temperamentos debilitados, ya no estamos en condiciones de practicar las austeridades a las que nos dedicábamos antes. Algunos también piensan que las revoluciones, los disturbios y la vida moderna han debilitado la salud. En fin, una cosa lleva a la otra, en cuanto al ayuno y la abstinencia y las mortificaciones corporales de todo tipo, poco podemos hacer. Pero en lo que voy a abordar, no hay límites.

¹ El miércoles de Ceniza era el 2 de febrero.

Cuando se trata de entregarse a Dios, de considerarse como algo que le pertenece, de colocarse sobre el altar con absoluto desprendimiento, ninguna razón de salud puede ser un obstáculo. Si nuestras mentes están más cultivadas debemos comprender mejor la amplitud de lo que Dios pide, y poner una mayor generosidad en la donación que le hacemos. Quiero insistir especialmente en dos cosas a las que a menudo tenemos que renunciar, porque se repiten sin cesar y pueden relacionarse con el espíritu de sacrificio: sacrificar las comodidades y sacrificar las diversiones.

Quizás os sorprenda al principio, porque no tenemos muchas diversiones y todavía menos comodidades. Sin embargo, en una vida como la nuestra, es fácil introducir una cierta disposición a buscar las comodidades, ya sea por un lado o por otro, ya sea para una cosa o para otra. Si conocéis a una religiosa que, hasta en las cosas más pequeñas, nunca busca su conveniencia, siempre toma el lugar más incómodo, no se deja llevar en nada, la encontraréis edificante, mortificada. En un examen serio, cada una puede ver dónde se encuentra en este punto.

En cuanto a buscar sus diversiones, eso os parecerá aún más extraordinario. En el mundo, solo se vive para divertirse, se cree que se ha perdido el día cuando se ha pasado sin divertirse. Por la mañana se preguntan: «¿Qué podríamos hacer para divertirnos? ¿Qué placeres tendremos hoy?» Esto es lo más opuesto al espíritu cristiano: no hay alianza entre el espíritu cristiano y el espíritu de diversión.

Antiguamente, una familia cristiana era una familia seria en la que se llevaba una vida llena de deberes: deberes hacia las personas mayores, deberes hacia las personas jóvenes que había que educar. En definitiva, era una vida de dedicación y de deber. Hace dos o tres siglos, nos habría sorprendido profundamente oír decir en una familia cristiana: «¿Qué haremos hoy para divertirnos?», se habría respondido: ¿Cómo? ¿Divertirnos? Ese no es el objetivo de la vida». Me refiero aquí a las familias cristianas, como la de Madame de Chantal, cuando aún estaba en el mundo; la de Madame Acarie, etc. Es fácil ver, mirando alrededor y junto a estas familias, tanto en las clases altas como en las bajas, que en aquella época divertirse no era la ocupación de la vida. Es una de las cosas tristes de nuestra época ver que las diversiones ocupan tanto lugar.

En cuanto a vosotras, habéis renunciado a todo lo que se llama diversión. Pero ¿no hay todavía cosas que os divierten y otras que os aburren? A veces se oye a las hermanas decir: «Esto es aburrido» o: «Es una ocupación divertida. Me divertiría hacer tal cosa». No creo que se hubiera oído decir a una religiosa, hace dos siglos decir: «Esto: es aburrido; me aburre».

También están los placeres del espíritu: nos gustaría leer libros que nos divirtieran. Cuidado, es una de las cosas a las que más cuesta renunciar. Lo has dado todo a nuestro Señor; has sacrificado todos los entretenimientos externos. Quedan los entretenimientos del espíritu. Se puede divertirse muy bien con la propia mente, ya sea por la imaginación, ya sea recordando tal o cual cosa que nos ha divertido, ya sea creando diversiones dentro de nosotras mismas.

En las conversaciones, en las relaciones, ¿no buscamos a veces nuestra diversión? Nos gusta más la persona divertida. Entre las niñas, preferimos la conversación de esta o aquella, menos aburrida. Considerad, pues, si la cuestión de la diversión o el aburrimiento no tiene aún algún efecto sobre vosotras, si no tenéis necesidad de renunciar a las diversiones externas o internas, a las diversiones de la mente y a las que se pueden encontrar en las ocupaciones.

Lo que siempre hay que buscar no es lo que agrada, lo que es agradable, lo que conviene, lo que divierte, sino a nuestro Señor Jesucristo, su imitación, su voluntad, siguiendo el ejemplo de san Vicente de Paúl que solía decir: *¿Qué quieres de mí ahora, Señor?*² Lo que hay que buscar también es el deber, lo que podríamos hacer para servir mejor a Jesucristo. Si sois muy fervorosas, iréis más lejos y buscaréis el sacrificio, ofreciendo un rostro pacífico a todas las cosas que se presentan en la vida, a las cosas que incluso aburren. Se puede tratar con personas aburridas, con niños desagradables; hay que preferir, por espíritu de sacrificio y de inmolación, lo que más nos cuesta en este aspecto a lo que más nos gustaría.

Reflexionad sobre ello, hermanas mías, y aplicadlo a toda vuestra vida. Es un punto extremadamente práctico y consolador al mismo tiempo. Una vez que nos hemos inmolado a nuestro Señor, nos hemos colocado sobre el altar, desprendiéndonos de todo, hemos aceptado renunciar a nuestras comodidades, a nuestras diversiones, aún podemos encontrar infinidad de ocasiones para renovar nuestro sacrificio, haciendo justo lo contrario de lo que nos gustaría hacer. Pero fijaos que cuanto más hemos tenido el espíritu del mundo, cuanto más hemos vivido en el mundo tal como es hoy, más esfuerzo nos cuesta renunciar a nuestros placeres y comodidades.

Esto es lo que os propongo durante esta Cuaresma. Imitad a la Santísima Virgen ofreciendo a Dios lo que tenía de más querido, y a nuestro Señor Jesucristo presentándose como víctima por nosotras. Lo tomaréis como objetivo de vuestra vida. Iréis a él en lugar de ir a vosotras mismas. Así daréis a vuestro amor propio el golpe más duro que podéis darrle y estaréis más avanzadas al final de esta Cuaresma que si hubierais hecho las mayores mortificaciones corporales³.

² *Quid nunc Christus?*

³ Los Anales indican, en la fecha del 18 de febrero, un Capítulo sobre el silencio de palabra y de acción para favorecer el silencio interior. Pero no se ha encontrado ninguna nota sobre ello.